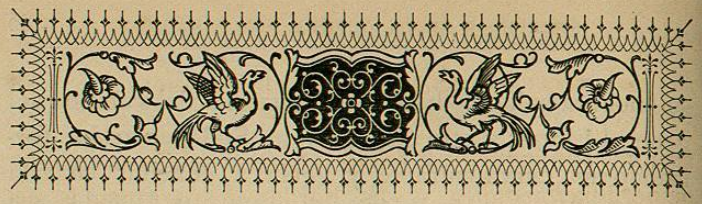

CAPÍTULO II

Carácter militar de López

No estará demás una digresión sobre el carácter militar de López para dar idea en breves rasgos del móvil de sus aventuradas empresas.

El desequilibrio de sus más nobles facultades lo impulsó violento á los mayores desaciertos. Su viaje á Europa fué de pérfida enseñanza: inoculó en su alma selvática, ya preparada para el poder despótico, el delirio de las grandezas, y puso de relieve ante su espíritu ofuscado, gloria y conquistas, y tal vez vislumbró una corona en perspectiva. Desde ese momento puesto en pugna con el último sabio consejo de su padre, no pudo soportar el rol efímero de tiranuelo de un país de aldeas, sin representación política en el mundo, escondido en un rincón boscoso de la América, y su mente torturada por su ambición desmedida, y herido su amor propio por los stiletazos de la prensa bonaerense, se lanzó al Rubicón, no como el gran romano, sinó como un

atolondrado inexperto. Inició la guerra fatal con un acto de perfidia vandálica, y sus hordas desparramadas en los territorios argentino y brasilero, sembraron la devastación y el incendio, quedando esas comarcas desoladas, donde no fué respetado ni el indefenso y santo hogar de la familia.

Con esa provocación dió comienzo á la contienda, sin la preparación necesaria, ni la previsión de los obstáculos que encontraría en su camino, asaltando de improviso á un enemigo á quien nunca hubiera vencido, á causa de que las naciones que lo representaban eran inagotables en hombres y recursos con respecto á él; y es por eso que lo vemos con un ejército hambriento, desnudo, armado con viejos cañones y fusiles de chispa, sacrificarlo sin medida ni precaución en combates estériles é interminables.

Todo lo que se puede decir para dar una idea de la falta de preparación en esta guerra por parte del que tanto parecía haber meditado este gran acontecimiento, es, que al poco tiempo de iniciarse la lucha ya carecía el ejército paraguayo de papel, medicamentos, telas y otros objetos de suma necesidad.

Como consecuencia, la miseria y los sufrimientos originaron enfermedades, que diezmando al ejército paraguayo le hizo sufrir tan enormes pérdidas, que las del plomo enemigo eran mínimas con relación á aquellas.

Constituía el caudillo paraguayo, lo que en buen español denominaríamos un ignorante presuntuoso, soplado tenazmente por una vanidad desmedida que fué siempre la causa principal de sus desastres.

No conocía ni las más simples nociones de las batallas, porque le faltaba la experiencia, el mecanismo de la alta dirección, el más simple destello de la inspiración de los combates.

Confiaba el éxito de sus operaciones á un plan general que frecuentemente era vulnerable, y jamás ajustado á los preceptos de la guerra.

No equilibraba lás armas; el terreno para él era todo igual, y confiando al salvaje coraje su empresa, empantanaba su valerosa y mal montada caballería en profundos esteros, como sucedió en la batalla del 24 de Mayo.

Ignoraba el rol anonadador de las reservas, como también las astucias de la estrategia; ni poseía el valor personal para electrizar á sus tropas en un momento de desaliento, ya acudiendo con las reservas para restablecer el combate que siempre iniciaba su ejército con una intrepidez jamás desmentida, ó arrancar á sus enemigos la victoria que muchas veces se le escapó rápida por esta causa.

Confiaba sus planes militares á hombres muy bravos, pero más ignorantes que él, que lanzaban aquellas negras masas con ímpetu violento al enemigo entendido y

disciplinado sin preocuparse de la relación inmediata que debiera existir entre los diversos ataques de las columnas de combate, que arremetían desordenadamente sin puntos de apoyo y sin una idea fija.

Aquella espesa línea avanzaba bramando como una tromba de fuego; disuelta á cañonazos, se retiraba en el mayor desorden presentando algunos hechos parciales de heroísmo en que se prefería la muerte á rendir las armas.

En la batalla del 24 de Mayo atacó con un ejército menor en número, habiendo dejado catorce mil hombres inactivos en Humaytá [1], las dos alas y el centro del ejército aliado que le era superior en efectivo, en organización y en armamento. Al extender tanto su línea, debió debilitarla y quedarse sin reservas, y como si esto no fuera bastante, dió la batalla sin artillería, inutilizando su hermosa caballería, que fué cruelmente ametrallada en el pantanoso Estero Bellaco.

Después de las primeras ventajas que obtenía por el brioso empuje de aquellos valientes paraguayos, eran rechazados por falta de sucesión de esfuerzos, y amontonados sucumbían en el más espantoso desorden, como sucedió en el Potrero Piris, ó de otro modo, sus bravos jinetes, hechos pedazos por nuestra artillería y fatigados por el paso de los esteros, cuando llegaban á

(I) Declaración de Resquin.

nuestros cuadros venían sin orden y diminuídos, y asimismo, temerarios, sableaban batallones, y aún rechazados imponían en su retirada.

Aun admitiendo mejor combinación en aquel plan de batalla, dadas las condiciones favorables que presentaba el terreno para la defensiva de los aliados, y los elementos inferiores en armas y número del ejército paraguayo, tendría siempre aquella acción que haberle dado un resultado funesto, y obedeciendo su ley fatal á estas causas poderosas, fué vencido por las dos terceras partes del ejército aliado, que no necesitó mayor sacrificio para su espléndida victoria.

Tenazmente ofuscado aquel orgulloso tirano, no sacó experiencia de tan duras lecciones, y tanteando un *oficio* que no conocía, y que solo se adquiere ó por el genio, ó por una larga práctica de haber hecho la guerra, olvidó el proverbio de un astuto guerrero que dice: "Que cuando el lobo grande se come al chico, es preciso buscar los medios de que el lobo no sea tan grande."

A pesar de su ineptitud para tomar la ofensiva ó llevar á cabo la más sencilla operación de guerra, hábilmente eligió sus posiciones. Es verdad que el terreno fué siempre un libro abierto, de una instrucción sin igual; tan claro para darle un buen consejo, que no necesitó más para aprender á guardar su frente y sus flancos, y aprovechó con eficacia las ventajas de un suelo desigual para construir sus formidables

líneas, que nos recordaron siempre las colosales obras de los campos romanos.

También es verdad, que si se sostuvo tanto tiempo en el cuadrilátero, fué por no haber coadyuvado en tiempo oportuno como era de esperarse, la escuadra brasilera ejecutando el paso de Humaytá, que más tarde lo ejecutó con valeroso impulso, y no llevarse á cabo antes de Curupaytí el plan del general Mitre que aconsejaba el movimiento envolvente por la derecha, que posteriormente tuvo el éxito deseado, dando fin á la campaña de Humaytá [1], la más difícil y gloriosa para el ejército aliado.

Otro de los grandes errores de la ignorancia de López, se reflejaba en ese deseo inquieto que lo dominaba constantemente de dar pequeños combates sin ventajas en perspectiva, que lentamente aniquilaban su hermoso ejército: combates parciales que comprometían después mayores fuerzas. Siempre tomaba la ofensiva sin prever de antemano las inmensas ventajas del adversario, que anonadaba con su potente artillería y múltiples

(I) La campaña del Paraguay, á mi entender, debe dividirse en cuatro períodos:

I.º Desde el principio hasta el paso del Río Paraná (Campaña de Corrientes y Matto Grosso).

2.º Desde el paso del Rio Paraná hasta la rendición de la guarnición de Humaytá en la península (Campaña de Humaytá).

3.º Desde la caída del cuadrilátero hasta la batalla de Itavaité (Campaña de Pikyciri).

4.º Desde la batalla de Itavaité hasta la conclusión de la guerra (Campaña de Azcurra).

esfuerzos, aquel avance irreflexivo. Puede bien decirse que jugaba á los dados el destino de sus infortunadas tropas ó hacía la guerra por *petits paquets* como decía el capitán del siglo, ridiculizando la fórmula de combate de algunas mediocridades militares de su tiempo.

Aquella imaginación calenturienta, atormentada por los contrastes de su inmenso orgullo, reflejaba á Anteo: buscaba fuerzas en el infortunio, y á pesar de su falta de valor físico [1], tenía un gran carácter moral, perseverancia incorregible que lo manifestó inquebrantable hasta el último momento; tenacidad calculada que sacrificando su bienestar personal á todo, la puso al servicio del sostén de su bárbaro poder. Templado en los reveses, las derrotas no lo arredraban, y en su ardiente fantasía transformaba en victorias tan rudos golpes, confiando en seguida á nuevos esfuerzos el resultado deseado, y así fué que sacrificó estérilmente un pueblo digno de mejor suerte á sus caprichos de ignorante tirano, caprichos que inspiraban esas empresas aventuradas, concebidas con la rapidez de su imaginación vertiginosa, y llevadas al terreno por generales que sólo tenían la bravura del toro y la obediencia del esclavo; y la consecuencia de la falta de dirección suprema y de tantos errores de detalle en una guerra en que él poseía grandes ventajas por el terreno, fué el exterminio de ese pueblo oprimido, tan heroico en la lucha, tan constante en las privaciones, y tan bárbaro en la represalia.

(1) Thompson

CAPÍTULO III

Los paraguayos construyen una batería sobre el flanco izquierdo del ejército aliado — Combate del día 16 — Los brasileros toman la trinchera.

Después de los últimos contrastes y de la batalla del 24 de Mayo, en la que el ejército paraguayo perdió más de doce mil soldados [1], fué reorganizado de nuevo dando de alta á seis mil esclavos y otros contingentes que lo elevaron á treinta mil hombres. Estos elementos eran inferiores en todo sentido al ejército veterano aniquilado anteriormente; ancianos, muchachos, convalecientes, todo fué á las filas para formar aquella nueva masa de combatientes; un ejército escuálido, pero fanático y esclavo, en el que la obediencia pasiva se llevó hasta el último grado, y no desmintió un solo momento su buena reputación, aunque no tenía la misma solidez de su antecesor.

(1) Al comienzo de la guerra constaba el ejército paraguayo y us depósitos de 60.000 hombres. En la época de la batalla del 24 de Mayo estaba ya reducido á 24.000 soldados en Tuyutí y 14.000 en Humaytá; los demás habían muerto ó estaban prisioneros.

En esta situación, después de haber adiestrado López en continuas maniobras y ejercicios de fuego á estas nuevas tropas, y en los combates del 10 y del 11 de Julio donde como siempre comprometió un puñado de hombres que fueron rechazados, trató de extender su línea fortificada de la derecha, de manera que tomase el flanco izquierdo de las posiciones de los aliados. Como se ve era atrevida la empresa, encarnando en sí un plan tan descabellado, como suponer que el ejército aliado permaneciese impasible ante tanta audacia, que lo obligaría á retroceder vergonzosamente allende el Estero Bellaco.

Thompson repite lo que dice el semanario de la Asunción, que la mente de López al provocar esa batalla, fué con la intención de obligar á los aliados á llevarle un ataque á sus posiciones. La tenacidad de los ataques paraguayos en este episodio, desmiente lo bastante semejante aserción [1].

Primero tuvo la idea de colocar una pieza de artillería en un lugar denominado punta Naró, que se encuentra en la linde del bosque del Sauce, sitio próximo al campamento del general Flores y que descaradamente enfilaba aquella posición, de modo que para atacar este punto hubiera sido necesario sufrir los fuegos de la batería del potrero Sauce y de la del Paso Gómez.

(I) Sobre el ataque del 18 de Julio el general Victorino arroja la responsabilidad al general Flores, y se ha dicho que fué por iniciativa de Palleja que se llevó á cabo, deseando festejar el aniversario del 18 de Julio

Este plan primitivo fué abandonado, ordenando entonces López un prolijo reconocimiento el día 13 en el terreno comprendido entre la trinchera del Potrero Sauce y Potrero Piris, que formaba propiamente la selva del Sauce, con el propósito de hacer construir durante la noche una trinchera que abrazara el espacio situado entre la isla Carapá [1], Punta Naró y Potrero Piris, que se extendía sobre dos elevaciones de terreno limitada al Este por un bañado situado sobre el frente de la posición que ocupaban los orientales. Cerraba esta trinchera los dos boquetes de los caminos que salían al Este y que se comunicaban interiormente como ya lo explicamos al referirnos á la selva del Sauce, estableciendo en la que cerraba la desembocadura del camino que va á Potrero Sauce una batería: atrevida posición que comprometía el flanco izquierdo de los brasileros y la retaguardia del general Flores. Esto hacía insostenible aquella situación: era arrojarnos á Itapirú.

La audacia de López no tenía límites, porque era una audacia que nunca puso en peligro su vida, y lo peor es que la hacía servir á sus empresas mal preparadas sacrificando sin provecho un ejército que debió siempre conservar.

La selva situada entre potrero Piris y Potrero Sauce, puede decirse que era terreno neutral; ninguno de los

(I) Se denominaba así á la elevación de terreno donde está situada la desembocadura al Este del camino que va á Potrero Sauce. A este punto se ha llamado después el Boquerón.

adversarios la ocupaban, y ambos se limitaban á más ó menos reconocimientos diarios, que exploraban sus abras y senderos, y el gran camino que entrando por la parte Este de la Selva, concluía en la trinchera del Potrero Sauce [1].

El general Díaz, el coronel Aquino y el mayor de ingenieros Thompson, con 50 rifleros, fueron los encargados de ejecutar el reconocimiento á que antes nos hemos referido, y cumpliendo ese mismo día su comisión, volvieron sin que nadie les molestase, á dar cuenta de que la trinchera era practicable.

López no esperó más tiempo, é inmediatamente hizo reunir 700 palas y zapapicos y ordenó á los batallones 6 y 7 que se reconcentrasen en Potrero Sauce, con la orden de estar prontos para marchar. La elección de estos cuerpos se hacía á causa de haber sido los constructores de los terraplenes y trincheras de Humaytá [2].

A la entrada de la noche se les distribuyeron los instrumentos de zapa, y se pusieron en marcha bajo las órdenes del coronel Aquino y del Mayor de Ingenieros Thompson. Una vez llegados al punto de su destino, se destacó á vanguardia una guerrilla que protegiera los trabajos, ocultando astutamente su presencia en aquel campo sembrado con los cadáveres momificados

(I) A la desembocadura de este camino han llamado El Boquerón.
(2) Thompson.

de la batalla del 24 de Mayo, de modo que era difícil distinguir á los vivos de los muertos [1]. Entonces el Mayor Thompson, á la luz de una linterna que estaba colocada á la extremidad opuesta, y oculta al enemigo por un cuero [2], hizo trazar la línea de la trinchera que debía dar lugar á tan sangrientos y rudos combates.

En esa misma noche, con la rapidez con que efectuaban los paraguayos los trabajos de zapa, pudieron construir como mil metros de trinchera, dividiendo aquella obra en dos segmentos, de los cuales el menos extenso era el que más próximo se encontraba al Potrero Piris y cerraba el primer boquete, y el segundo el camino que iba á la trinchera del Potrero Sauce.

Como el foso se construía á la ligera no le dieron en aquel momento más ancho y profundidad que un metro, arrojando la tierra al frente con el objeto de resguardarse de los fuegos del enemigo, para más tarde construir el parapeto del lado opuesto [3].

Inminente era, pues, la necesidad de sostener esta posición, que los aliados no tolerarían; en consecuencia, estableció López cuatro batallones en una abra próxima y de este lado de la trinchera del Potrero Sauce. Estas tropas se mantenían á las órdenes del coronel Aquino, quien á su vez debía cumplir las instrucciones del

(I) Thompson.
(2) Thompson.
(3) Thompson.

general Díaz, jefe superior de las operaciones que iban á sobrevenir.

Los trabajos se efectuaban como á setecientos metros del ejército brasilero, pero como el servicio de seguridad se había descuidado mucho por esa parte, como sucede en las largas campañas [1], no echó de ver aquel el peligro que oculto lo amenazaba, y si acaso sospechó la obra del enemigo escondido entre el bosque, por el ruido que debieron hacer los trabajadores al chocar sus instrumentos de zapa, creería oportuno no aventurarse en una noche tenebrosa á un tanteo entre tinieblas, que no daría más resultado que la pérdida de algunos hombres.

Amaneció el día 14 y se pudo ver bien distintamente á corta distancia una trinchera en comienzo, que flanqueaba audazmente al ejército aliado.

Inmediatamente se ordenó un reconocimiento, que comprobó los trabajos enemigos y los preparativos para artillarlos con cuatro piezas que se creyó descubrir entre ramas de árboles. Entonces se tocó generala y el ejército brasilero se puso sobre las armas.

En esta circunstancia la artillería de la vanguardia y la de la 2.ª línea rompieron un nutrido fuego, esperando

(1) Napoleón dice con mucha razón, " que las largas campañas corrompen la disciplina."

que con esta demostración serían disuadidos los paraguayos de su loca empresa. Después de una hora de fuego avanzó hacia el bosque una línea de tiradores de las fuerzas de la vanguardia. Ante esta actitud los paraguayos de infantería y caballería que estaban fuera del bosque se replegaron á El Boquerón y sólo quedaron ocultos los trabajadores, que cerraban á toda prisa con una trinchera este acceso. A esta fuerza durante todo el día 14 se le hizo fuego; continuando en igual situación el cañoneo el día 15.

Pero se apercibieron bien pronto nuestros aliados de que se perfeccionaban las obras del adversario, y que si se les daba tiempo, aquella temeraria empresa iba á comprometer gravemente la situación del ejército imperial. En consecuencia, desde el primer momento, en consejo de generales, se resolvió tomar la trinchera. Entonces fué que ordenó el general Polidoro [1], reciente sucesor del general Osorio, que en esa misma noche

(1) Comprendiendo la gravedad de la situación, el general Osorio dió aviso de lo que sucedía el día 14 al general Mitre. Este le indicó la urgencia de posesionarse inmediatamente de la posición paraguaya y agregó: "*si se toma la trinchera hoy (14) costará 200 hombres, mañana 500 y después quien sabe, pues con arreglo á las defensas que el enemigo vaya construyendo serán nuestras pérdidas*". El general Osorio contestó: "*que estando el general Polidoro en Itapirú, no deseaba privarle del honor de ser el general de esta jornada.*" Vino el general Polidoro y objetó: "*que recién se recibía del ejército y que necesitaba conocer su situación;* á lo que replicó el general Mitre.—*Ayer dije al general Osorio que la toma de la trinchera nos costaría 200 hombres y que hoy 500; pues bien, ahora digo á V. E. que mañana ó pasado perderemos más de 1.000.*
¡Tenía razón; quedaron en el campo de la lucha 4.621 combatientes!

(15 de Julio) la 4.ª división de infantería del brigadier Sousa, 4 piezas de artillería y una compañía de zapadores, avanzase con cautela por la margen derecha del bosque que está cercano al Potrero Piris, y que se emboscase en un albardón próximo á la trinchera menos extensa, situada entre un bañado y la orilla del bosque del Sauce. Esta trinchera cerraba el primer boquete y estaba construida en una pequeña elevación del terreno; de manera que al despertar el día pudiera recorrer aquella fuerza con rápido impulso el corto espacio que la separaba del objetivo, y caer por sorpresa sobre el enemigo.

Como esta operación debía ser apoyada por una reserva, se encomendó al general Mena Barreto la ocupación del Potrero Piris con la brigada de infantería del coronel Bello y 2 piezas de campaña, teniendo en ese primer momento como misión especial establecer su comunicación con la división Sousa por algunos de los caminos que conducían al punto donde se suponía que iba á tener lugar la refriega, y resistir cualquier movimiento envolvente que sobre aquella división trajera el enemigo. Más tarde tomaron otro aspecto estas disposiciones y en su lugar haremos su relato.

Además de estas disposiciones fué reforzado el general Flores con dos piezas de campaña que unidas á otras dos que poseía este general en la izquierda de sus atrincheramientos, podían desde allí batir con ventaja la derecha de la nueva trinchera paraguaya.

3000 soldados formaban en las filas de la división Sousa, esparcidos en la 11.ª y 13.ª brigada; la primera á las órdenes del coronel Guimaraens y la segunda á las del Brigadier Pereira.

Constituían la 11.ª brigada los batallones 10 y 14 de linea y 20 y 31 de voluntarios, y la 13.ª el 12 de línea, y el 1, 19 y 24 de voluntarios.

A las 5 $^1/_2$ de la mañana se lanzaron los brasileros á la batalla atronando el espacio con un hurrah imponente.

El avance fué bizarro: aquellos ocho batallones cargaron con decisión á la nueva trinchera; los paraguayos aunque sorprendidos en el primer momento, reaccionaron, y resistieron con tenacidad y dando más solidez á la defensa, reconcentraron las fuerzas que tenían esparcidas en algunos puntos próximos al combate.

Al mismo tiempo apoyaba este ataque la artillería del general Flores, cuyo fuego, combinado con el de la infantería brasilera, hizo sufrir al enemigo grandes pérdidas. Después de una hora de combate tenaz en que parecía inquebrantable la resistencia de los paraguayos, los batallones 20 y 31 de voluntarios apoyados por el 10 y el 14 de línea, haciendo un supremo esfuerzo arremetieron á la bayoneta y conquistaron la posición, apoderándose como trofeo de gran número de armas, 2 coheteras y 146 instrumentos de zapa, que habian servido á los paraguayos para la construcción de sus obras.

Una vez perdida esta primera posición, retiróse el enemigo á su espalda, y ocupando otro punto volvió á resistir nuevamente. Pero también allí fué convulsionado por los fuegos de la infantería y artillería brasilera y oriental Cedió el terreno por un momento, corriéndose á la izquierda de la nueva posición, y esparcidos en la espesura del bosque continuaron el combate esperando los refuerzos que no tardaron en llegar.

El coronel Aquino volvió con tropas de refresco y atacó á los brasileros, haciendo esfuerzos constantes para reconquistar la posición perdida. Se vió entonces una lucha sangrienta y despiadada: tres veces atacaron los paraguayos y tres veces fueron rechazados y perseguidos hasta la otra trinchera, donde reforzados con nuevos combatientes repelían á su vez á los brasileros, apoyados por las cuatro piezas que allí habían establecido, las coheteras, y la artillería del Potrero Sauce y Paso Gómez, cuyos sostenidos fuegos se dirigian tanto al campamento de la vanguardia como á la trinchera tomada por las tropas imperiales. Cesaba el avance á la bayoneta y continuaba el fuego tremendo que cubría con una capa espesa de humo aquella selva sombría donde tenía lugar tan reñido combate.

Cuando eran rechazados los paraguayos, se escurrían por el bosque prosiguiendo rudamente la batalla. Aquella táctica entonces era difícil para los brasileros, porque oculto el enemigo entre los árboles y el malezal no presentaba blanco; el humo de los disparos solo anunciaba su presencia, y el retumbar de las detonaciones

parecía tan unísono y tan solemne, que al sentirlo á la distancia semejaba un trueno infinito, algo tan grande como el estremecimiento grandioso de una inmensa tempestad.

Los brasileros se sostuvieron firmes, transformando la sucesión de esfuerzos en una batalla tenaz aquel sangriento episodio.

El combate tenía lugar en un terreno estrecho y encajonado, donde los batallones se sucedían á los batallones, combatiendo encarnizadamente sin un momento de descanso.

Desde las seis y media hasta las nueve de la mañana, los paraguayos mandados siempre por el coronel Aquino, tentaron los más vivos esfuerzos para recuperar la posición perdida, no sólo lanzando su infantería, sino hasta caballería desmontada que venía enarbolando sus sables, blandiendo sus lanzas y atronando el espacio con alaridos salvajes. La lucha se hacía cada vez más sangrienta, acaeciendo este combate, no solamente en los bosques, sinó en el estrecho desfiladero que separaba de la primera á la segunda trinchera. En un momento crítico en que el general Sousa había comprometido casi todas sus reservas, fué reforzado con dos piezas de artillería al mando del teniente Acevedo y á las siete de la mañana con los batallones 6 de línea y 9 de voluntarios al mando del teniente coronel Paranhos.

A las siete y media el 46 de voluntarios, seguido poco después por el 8 y el 16 de línea, marchó á incorporarse á los combatientes.

Era un desorden aquella batalla incesante. La naturaleza del terreno impedía poner en planta un plan regular; allí no existía un lugar bastante descubierto para el despliegue de una brigada, y haciéndose éste imperfecto y con grandes dificultades, las pequeñas unidades de fuerza estaban entregadas á sí mismas; los batallones se batían sin formación, en fragmentos, solo por su cuenta, sin disciplina: retrocedían, avanzaban, sin establecer mutuamente la ligazón á causa del bosque: la dirección era difícil; esa batalla entre una espesura era algo individual que se escapaba á la autoridad del mando y á una línea bien sostenida de combate.

El general Sousa comprendió aquella situación y cesó de ejecutar ataques infructuosos á la otra trinchera [1] que cerraba el camino que se dirigía á la del Potrero Sauce, y se replegó á la posición, conquistada con raudales de sangre brasilera que marcará siempre con glorioso recuerdo ese día.

En una de las ofensivas que tomaron los paraguayos en ese vaivén de ataques y rechazos, el coronel

(I) Esta trinchera estaba construída en una elevación de terreno denominado Isla Carapá.

Aquino fué herido mortalmente por pelear como soldado [1].

(I) Según Thompson, este jefe que mandaba las fuerzas paraguayas que tomaron la ofensiva sobre las tropas rechazadas de la línea del Sauce, el 18 de Julio, manifestó el deseo de matar por su propia mano algunos enemigos. Picó espuelas al caballo y dió muerte al primero que encontró á su paso, pero otro que allí cerca estaba le metió una bala en el vientre. Antes de morir fué promovido al rango de general. Thompson padece un error en la fecha. Aquino fué herido el 16 y murió el 19 de Julio.